

SERMON
PARA EL MIERCOLES DE LA
primera Semana.

Sobre la Religion Christiana.

Responderunt Jesu quidam de Scribis, & Phariseis dicentes: Magister, volumus à te signum videre. Qui respondens ait illis: Generatio mala, & adultera signum quærit, & signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ Prophetæ.

Algunos de los Escribas y Fariseos dixeron à Jesu-Christo: Maestro, queremos que hagais algun milagro. Jesus los respondió: esta gente perversa y adultera pide un prodigio, y no verán otro que el de Jonás. S. Matth. cap. 12. v. 38. & 39.

SEÑORA. (*)

EL motivo que tuvieron los Fariseos para hacer esta petición al Salvador del mundo fue una curiosidad presuntuosa, una curiosidad astuta y maliciosa. Curiosidad presuntuosa: porque en lugar de mover al Hijo de Dios con una

(*) La Reyna.

una súplica humilde à concederles como una gracia lo que le pedían, se la pidieron, como si no tuvieran que hacer mas que quererla para tener derecho de alcanzarla: *Magister, volumus*. Curiosidad astuta; pues según lo refiere otro Evangelista, le hicieron esta proposición, con fin de tentarle y de armarle un lazo: *Tentantes eum, signum de celo quærebant*. (a) Curiosidad maliciosa; pues no tenían otro designio en esto sino destruirle, según lo resueltos estaban à convertir contra él sus mismos milagros, de los quales le formaban articulos de otros tantos delitos, y en fin se valieron de ellos para calumniarle y oprimirle. Y esa fue la razon de haberles respondido el Hijo de Dios con un zelo lleno todo de sabiduría por una parte, pero por otra lleno de indignación; de haber satisfecho su curiosidad por darles en cara con su incredulidad, al mismo tiempo de haberlos tratado de gente perversa y adultera: *Generatio mala, & adultera*; y ultimamente, de haberles citado para el Tribunal de Dios; porque estaba previendo, que el prodigio que les habia de mostrar, y à que ellos no se habian de rëndir, no habia de servir sino para confundirlos: *Viri Niniuite surgent in iudicium adversus generationem istam*.

Esta es, amados oyentes míos, la suma de nuestro Evangelio; y el exemplo de los Fariseos es lo que pasa cada dia entre Dios y nosotros. Explicome. Quisieramos qué Dios hiciese milagros para confirmarnos en la fé; y Dios nos los hace ver actualmente sin que nos aprovechemos de ellos, y aun sin que nos hagan la menor fuerza: antes por lo que de ellos abusamos, hacen nuestra obstinacion tanto mas culpable, quanto es mas voluntaria; pues se origina de nuestra maldad y de la corrupcion de nuestros corazones, como la de los Fariseos. Pues esto es lo que nuestro divino Maestro condena hoy en estos presumidos sábios del Judaismo, y lo que será nuestra condenacion, si caemos en su infidelidad. Dixo Tertuliano una excelente

Aa 2

(a) Luc. 11. v. 16.

te sentencia, que declara perfectamente el carácter de la profesion Christiana; conviene à saber, que despues de Jesu-Christo, la curiosidad no nos sirve de nada; que ya no nos puede ser util, y mucho menos necesaria: porque despues de la predicacion del Evangelio no hay otro partido que seguir, sino sujetar nuestra razon, cautivandola baxo del yugo de la fé: *Nobis curiositate opus non est post Christum, neque inquisitione post Evangelium.* De este modo se explicaba. Pero yo me atrevo à pasar mas adelante; y añado, que aun quando nos fuera licito en la Religion Christiana hacer nuevas averiguaciones, quando tuvieramos razon para hacer discursos sobre nuestra fé y sobre los mysterios que nos revela, hallamos en Jesu-Christo y en su Evangelio, no solamente motivos para convenecer nuestros entendimientos, sino para dexar del todo satisfecha nuestra curiosidad; porque nos mostró Jesu-Christo en su persona unos prodigios tan manifiestos, que ningun entendimiento racional puede resistirse à ellos; y si no nos mueven, solamente puede ser efecto de una mala disposicion de que hemos de dar cuenta à Dios, y será un motivo mas que bastante para concitar contra nosotros todos los rigores de su juicio.

Esta es la materia importante que me he propuesto en este discurso. ¿Y lo puedo hacer, Señora, con mas provecho en otra parte que en presencia de vuestra Magestad, cuyos sentimientos y exemplos deben servir à todo este auditorio de otras tantas pruebas sensibles y convincentes de lo que el dia de hoy intento persuadirle? Porque ¿qué efecto mas prodigioso puede tener la Religion Christiana, que el de hacer que abrace la santidad en medio de la Corte, y aun sobre el mismo trono la mayor Reyna del mundo? ¿No nos obliga solo esto à inferir, que esta Religion es necesariamente obra de Dios, y no de los hombres? Plegue al Cielo, Christianos, que un milagro semejante no sirva algun dia de testimonio contra nosotros. Mas yo no puedo hacerlos la amenaza que nos hace à todos el Hijo de Dios en el Evangelio, proponiendonos el exemplo de una Reyna: *Regina surget in judi-*

dicio. (a) El Salvador del mundo hablaba de una Reyna infiel, y yo hablo de una Reyna Christianísima. Aquella Reyna del Medio-dia es tan celebrada, solamente por haber venido à oír la sabiduria de Salomon: *Quia venit audire sapientiam Salomonis.* Pero además, Señora, de que V. M. oye aqui la sabiduria misma de Jesu-Christo y su palabra, ¿qué no pudiera yo decir de la pureza de la fé, y del ardiente zelo que tiene V. M. en mirar por los intereses de Dios, de la ternura de su amor à los pueblos, de los desvelos y ardimiento de su caridad con los pobres, de sus fervorosas oraciones al pie de los altares, de las largas horas de oracion en el retiro de su oratorio, de tantos ejercicios de piedad en que reparte una vida tan excelente, y que igualmente son motivo de nuestra admiracion y edificacion? Pero V. M. Señora, no aguarda hoy que yo la dé los elogios merecidos, sino una instruccion provechosa; y así, por concurrir à su piedad Real en todo, me encamino al Espíritu Santo, y le pido las luces que he menester por la intercesion de Maria. AVE MARIA.

No sin razon los Fariseos de nuestro Evangelio, para el designio poco sincero que tenian de conocer à Jesu-Christo, y saber si era hijo de Dios, le pidieron un prodigio que fuese obra de su Magestad: *Magister, volumus à te signum videre.* Porque, como dice San Agustin, hay dos diferentes especies de prodigios; los primeros, que nacen de Dios; los segundos, que nacen del hombre: unos que excitan la admiracion, porque son testimonios visibles del poder del Criador; y otros que solo causan horror, porque son tristes efectos del desreglado proceder de la criatura: aquellos los respetamos, y los damos el nombre de milagros; estos los miramos como monstruos en el orden de la gracia. Hacednos ver un prodigio vuestro, le dicen los Fariseos à Jesu-Christo. ¿Y qué hace este Salvador adorable? Escuchad, porque aqui está lo importante de esta instruccion. De estos dos géneros de prodigios, como los

(a) Math. 12. v. 42. *Prodigio de la fé: Prodigio de la santidad de la vida: Prodigio de la pureza de la fé: Prodigio de la caridad con los pobres: Prodigio de la ternura de su amor à los pueblos: Prodigio de los desvelos y ardimiento de su caridad con los pobres: Prodigio de sus fervorosas oraciones al pie de los altares: Prodigio de las largas horas de oracion en el retiro de su oratorio: Prodigio de tantos ejercicios de piedad en que reparte una vida tan excelente: Prodigio de su ardiente zelo que tiene V. M. en mirar por los intereses de Dios: Prodigio de la pureza de la fé, y del ardiente zelo que tiene V. M. en mirar por los intereses de Dios: Prodigio de la ternura de su amor à los pueblos, de los desvelos y ardimiento de su caridad con los pobres, de sus fervorosas oraciones al pie de los altares, de las largas horas de oracion en el retiro de su oratorio, de tantos ejercicios de piedad en que reparte una vida tan excelente, y que igualmente son motivo de nuestra admiracion y edificacion? Pero V. M. Señora, no aguarda hoy que yo la dé los elogios merecidos, sino una instruccion provechosa; y así, por concurrir à su piedad Real en todo, me encamino al Espíritu Santo, y le pido las luces que he menester por la intercesion de Maria. AVE MARIA.*

he explicado, hace que vean uno que no pudo proceder sino de Dios, y fue un milagro evidente y sin disputa: quiero decir, la fé de los Ninivitas convertidos por la predicacion de Jonás. Pero al mismo tiempo les pone à la vista otro prodigio muy opuesto, que no podia nacer sino de ellos mismos; es à saber, el prodigio, ò el desorden de su infidelidad. Pues no tenemos que hacer, amados oyentes míos, mas que aplicarnos estas dos suertes de prodigios, para reconocernos en persona de estos Fariseos, y hallarnos obligados con la comparacion que haremos de su estado y el nuestro, à confesar, que quizá no habla menos con nosotros que con estos falsos Maestros de la ley la reprehension del Hijo de Dios; que por ventura somos como ellos una gente perversa y adultera, en el sentido en que él lo entendia; y que con la misma razon pudiera citarnos à aquel formidable tribunal, para el qual los citó à ellos al decirles: *Viri Ninivite surgent in iudicio cum generatione ista.*

Pues es mi asunto (y ved ahí en dos proposiciones toda la division de este discurso, poneos bien en ellas) es mi asunto, que Jesu-Christo al establecer su Religion, nos puso à los ojos un milagro mas autentico y convincente que el de los Ninivitas convertidos; este portentoso milagro es el de la conversion del mundo, el de la propagacion del Evangelio; y yo le llamo milagro de la fé: este será el primer punto. Nosotros oponemos cada dia à este milagro un prodigio de infidelidad mucho mas monstruosa y detestable que la de los mismos Fariseos: este será el segundo punto. Dos milagros, digo otra vez, el uno sobrenatural y divino; este es el mundo santificado por la predicacion del Evangelio: el otro muy natural y muy humano, pero no obstante, prodigio; este es el desorden de nuestra infidelidad. Dos titulos de condenacion que producirá Dios contra nosotros en su juicio, si no tratamos de anticiparnos juzgandonos à nosotros desde ahora. Milagro de la fé: Prodigio de infidelidad. Milagro de la fé, que ha hecho Dios que le tengamos continuamente delante de los ojos. Prodigio de infidelidad, del qual no

nos aplicamos à preservarnos, y le tenemos oculto en nuestros corazones. Milagro de la fé, que os llenará de una saludable confusion, haciendo que conozcais la excelencia y grandeza de vuestra Religion. Prodigio de infidelidad, que quizá (si no vivis con cuidado) despues de ser el origen del estrago de vuestra vida, será la causa de vuestra reprobacion eterna. Uno y otro piden atencion particular.

I. PARTE. *mad y arrolli erag on*
 Es, Christianos, el asunto (para entrar desde luego en el pensamiento de Jesu-Christo, y en el punto esencial que tengo que explicar) entender bien este gran milagro de la conversion del mundo, y del establecimiento de la Christianidad, que es el que con San Gerónimo miro yo como milagro de la fé. Y porque es indubitable que este milagro ha de ser una de las pruebas mas invencibles de que se ha de valer Dios contra nosotros si llega à reprobarnos, es necesario que vosotros y yo concibamos hoy una idea de él, tal que baste para despertar en nuestros corazones los afectos mas vivos de nuestra Religion. El asunto es grande, bien lo sé; apuré la eloquencia de los Padres de la Iglesia, y excede la capacidad del entendimiento humano: pero sigamos la exposicion llana y desnuda que hizo de él San Juan Chrysostomo en una de sus homilias. Para enterarnos mejor de su verdad, hagamos el juicio por lo que fue figura de ella, esto es, por la conversion de los Ninivitas, y por el prodigioso y milagroso efecto de la predicacion de Jonás.

Jonás fugitivo paró, sin poder à pesar de su fuga escaparse del poder de Dios que le envia: confuso y arrepentido recibe un orden nuevo de parte de Dios para ir à Nive. Va allá, y aunque estrangero, aunque no conocido predica en ella, y se llama enviado de Dios. Amenaza à aquella gran Ciudad y à todos sus habitadores con una total y pronta ruina. No dá mas término que quarenta dias; no dá otra prueba de su prediccion, que la prediccion misma que hace; y sobre sola su palabra, aquel pueblo

entregado à todos los vicios, aquel pueblo para el qual parece que ni habia Dios ni ley; aquel pueblo indocil à los avisos y enseñanzas de todos los demás Profetas, con una mudanza de la diestra del Altísimo, le escucha con respeto, vuelve en sí, trata de aplacar la indignacion de Dios, y hace la mas rigurosa y exemplar penitencia; no hay estado, ni edad, ni sexó que se exceptúen del precepto; el mismo Rey, dice la Escritura, descende de su trono para llorar y humillarse; hasta los niños se comprehenden en la ley ordenada por el Principe: todos vestidos de cilicio, y cubiertos de ceniza dan muestras de un dolor el mas eficaz, y pronto. En fin, la enmienda de las costumbres fue tan general: que se cumplió à la letra la profecia: *Et Ninive subvertetur*; (a) pues segun la excelente reflexion de San Juan Chrysostomo: no era ya aquella Ninive desenfrenada que miraba Dios con abominacion, sino otra Ninive nueva, del todo santa, edificada sobre las ruinas de la primera: ¿y por quién? Por el ministerio de un hombre solo que habló, y lleno del Espiritu Santo santificó millares de hombres, habiendo hecho pedazos sus corazones. Este milagro, decia el Hijo de Dios à los Judios incrédulos, os ha de condenar, y ha de confundir vuestra impenitencia: y yo digo à quantos Christianos hay obstinados en su vida licenciosa: El Espiritu Santo os pone à la vista este milagro, como figura de otro mas asombroso aun, mas sobre la capacidad del hombre, mas eficaz para convenceros y para elevaros à Dios. Oidle sin preocupacion, y lo confesareis.

El milagro de la predicacion de Jonás era un milagro para los Judios; pero ved aqui una señal para vosotros, que yo la miro como el milagro de la Religión Christiana. ¡Dichoso yo, si puedo hacer con mis palabras que se imprima profundamente en vuestros corazones! Este milagro es la conversion, no de un lugar, ni de una Provincia, sino de un mundo entero, obrada por la predicacion del

(a) Joan. 3. v. 4.

del Evangelio, y por la predicacion de uno mayor que Jonás, que es el hombre Dios Jesu-Christo: *Et ecce plusquam Jonas hic*. (a) No supongamos que es Dios; olvidemos tambien que lo es, por algun tiempo: no se trata de lo que es, sino de lo que hizo. ¿Mas qué hizo? Oid en dos palabraslo que jamás prodremos bastante a entender, y lo que deberiamos eternamente meditar. Dadme, Señor, gracia para proponerlo con toda eficacia, en una relacion no menos capáz de mover los corazones, que exacta y fiel. Jesu-Christo hijo de Maria, y reputado hijo de Joseph; aquel hombre de quien los Judios preguntaban, si no era hijo de este oficial: *Nonne hic est filius fabri?* (b) toma por fin la empresa de hacer que mude de semblante el universo, y limpiar el mundo de la idolatria, de la supersticion y del error, para hacer que reyne en él con soberania la pureza del culto de la Magestad de Dios. Designio digno de su persona, pero vasto è inmenso; y no obstante fue un designio cuyo logro habeis de ver presto. ¿Y qué escoge para este fin? Doce discipulos rudos, ignorantes, flacos è imperfectos; pero los llena de tal suerte de su Espiritu, que en un dia, en un momento los hace capaces de la execucion de esta obra grande.

En efecto, de rudos, y por decirlo con los terminos con que él mismo se explicó, de tardos que eran en creer, los hace por virtud de este Espiritu divino que los envia del Cielo, hombres llenos de zelo y de fé. Despues de haberlos persuadido à ellos, se sirve de ellos para persuadir à los demás. Estos pescadores, estos hombres flacos, que eran tenidos, dice San Pablo, por ekdeshecho del mundo: *Tanquam purgamenta hujus mundi*, (c) fortalecidos con la gracia del Apostolado, reparten entre sí la conquista y la reformation del universo. No tienen mas armas que la paciencia, ni mas tesoro que la pobreza, ni mas consejo que la sencillez; y no obstante, de todo salen con victoria; predicán mysterio increíbles à la razon humana, y son

Tom. II. Quaresma.

Bb

(a) Math. 12. v. 41. (b) Math. 13. v. 55. (c) 1. Cor. 4. v. 13.

creídos; anuncian un Evangelio opuesto à la inclinación de la naturaleza; y es recibido: le anuncian à los Grandes de la tierra, à los doctos y prudentes del siglo, à los mundanos sensuales entregados à los deleytes, y se sujetan. Los Grandes reciben la ley de estos pobres; los doctos se dexan convencer de estos ignorantes; los hombres regalados y sensuales se hacen instruir por estos nuevos Predicadores de la Cruz, y toman el yugo de la mortificación y de la penitencia. De todo esto se forma una Christianidad tan santa, tan pura, tan sobresaliente en todas las virtudes, que la misma Gentilidad se vé obligada à admirarla.

No es esto todo; lo que añado os ha de hacer mas extrañeza. Apenas empezó à estenderse la fé publicada por estos doce Apostoles, quando se vió combatida de un gran numero de enemigos. Todas las Potestades de la tierra se levantan contra ella. Un Diocleciano, Señor del mundo, intenta arruinarla, y mira como punto de política ese intento; pero à su pesar, y al de los violentos esfuerzos de tantos perseguidores del nombre Christiano, se establece tan sólidamente esta fé, que nada puede constrar su firmeza. Millones de Martyres la defienden hasta derramar su sangre; personas de todos estados tienen por gloria el ser víctimas de esta fé, y ser sacrificadas por ella; innumerables Virgines en un cuerpo tierno y delicado dan el mismo testimonio; y sufren con alegría los tormentos mas crueles. Esta fé se estiende y se multiplica, no solamente en Judéa, donde tuvo su nacimiento, sino hasta los últimos terminos de la tierra, en los cuales desde el tiempo de San Gerónimo (él mismo lo advierte como una especie de prodigio) el nombre de Jesu-Christo era yá reverenciado y adorado, no solamente entre los pueblos barbaros, sino entre las Naciones mas cultivadas; en Roma, donde la Religion de un Dios crucificado fue muy presto la Religion dominante; en el Palacio de los Cesares, de los cuales para mayor firmeza de su Iglesia, enmedio de la iniquidad levanta Dios los mas fervorosos Christianos: al fin (observad esto) el siglo mas ilustrado, que fue el de Augusto, le

le escogió Dios para mostrar mas claramente el carácter de su ley, la qual sola habia de vencer toda la fantastica sabiduría del hombre, y toda la altivez de su entendimiento.

Confesemoslo, amados oyentes míos, con el Chrysostomo. Aunque la Religion Christiana hubiera hallado desde su cuna en el mundo todo el favor y apoyo necesario; aunque hubiera nacido con sosiego, por otros muchos titulos no dexára de ser siempre obra de Dios; pero que se haya establecido entre las persecuciones, ó por mejor decir, con las mismas persecuciones; que nunca estuviere mas floreciente, que quando fue mas violentamente combatida; que la sangre de sus discipulos inhumanamente derramada, haya sido (como dice un Padre) el principio de su fecundidad; que quantos mas perdian la vida con el hierro y con el fuego, à tantos mas diese luz la virtud del Evangelio; que la crueldad que se usó con los unos haya servido de atractivo à los otros; y que se haya verificado à la letra lo que dixo Tertuliano: *In Christianis crudelitas illicebra est semina*; que haya tenido tan prontos y maravillosos aumentos este gran cuerpo de la Iglesia, sin ver mas que padecer y morir à sus miembros: Ah! hermanos míos, este es uno de aquellos prodigios en que es preciso que se humille la prudencia humana, y tribute vassallage al poder de Dios. Pero esto es no obstante lo que vemos, y esta es la maravilla que aún subsiste; de la qual somos testigos nosotros, y la tenemos delante de los ojos. Porque vemos à pesar del infierno el mundo hecho Christiano, y sometido à este hombre Dios, de quien se escandalizó el Judío, y de quien hizo irrisión el Gentil. Esta es obra de Dios: *A Domino factum est istud; & est mirabile in oculis nostris.* (a) Lib. onell. tit. 1. c. 1. y 2. Y para que esta maravilla hiciese mayor impresion en nuestros corazones, la ha renovado el Señor en los últimos siglos de la Iglesia. Bien sabéis que un Francisco Xavier solo, y sin mas ayuda que la de la palabra y verdad

que predicaba, convirtió en el Oriente todo un nuevo mundo. Los que en él vivían eran idolátras y paganos, y los persuadió la misma fé, los instruyó en la misma santidad de vida, los inspiró la misma ansia del martyrio, è hizo que se viese en ellos todo lo mas heroyco y mas grande que se vió en aquella Christianidad anciana, tan venerable y tan perfecta. ¿Y cómo hizo esto? Con los mismos medios, à pesar de los mismos estorbos, y con la misma felicidad en los sucesos: como si hubiera Dios tenido complacencia en reproducir en este nuevo sucesor de los Apostoles lo que por el ministerio de los mismos Apostoles habia obrado su mano omnipotente, y hubiera querido hacernos mas creible lo que hemos oído de los siglos pasados con estos exemplos presentes.

Pues yo me ratifico, amados oyentes míos, en que no tenemos yá razon para pedirle à Dios milagros; y que somos mas infieles que los mismos Fariseos, si tenemos como ellos la presuncion de decir: *Volumus signum videre*. Porque es constante que esta conversion del mundo, como os la he representado, aunque muy imperfectamente, es en efecto un perpetuo milagro; en lo qual hay tres reflexiones que hacer, ò tres circunstancias que reparar. Es milagro que sin contradiccion excede à todos los demás milagros. Es milagro que presupone necesariamente todos los demás milagros. Es milagro que en el orden de las ideas de Dios justifica todos los demás milagros. Y por una consecuencia triste, pero inevitable, milagro que nos hace dignos de todos los castigos de Dios, si no sirve para nuestra instruccion y conversion. ¡Mi Dios! que no tenga yo una de aquéllas lenguas de fuego que descendieron sobre los Apostoles, y no esté lleno del mismo Espiritu, para grabar una verdad tan importante como esta en todos los corazones!

Si Christianos; la conversion del mundo es un milagro perpetuo, y jamás podrá la infidelidad destruirle. Así la miraron todos los Padres, y en especial San Agustin, cuyo juicio puede con razon servirnos en este punto de regla. Así cerraba este hombre grande la boca à los Genti-

les,

les, quando les decia: Si estais tercos en no creer los demás milagros que para nosotros son pruebas incontestables de nuestra fé, confesad à lo menos, que en vuestro sistema hay uno en que no podeis dexar de convenir: esto es, el mundo convertido à Jesu-Christo sin algun milagro. Porque el no haberle, ni haberle podido haber sería el milagro de los milagros. ¿Pues à qué (proseguia San Agustin) atribuiremos esta obra grande de la santificacion del mundo por la ley Christiana, si no recurrimos à la virtud infinita de Dios? No se debe la gloria de esto à las ventajas del entendimiento, ni à la eloquencia: porque quando los Apostoles hubieran sido tan eloquentes y sabios como fueron faltos de esas prendas, es muy sabido lo que pueden la eloquencia y la sabiduria humana, ò por mejor decir, es muy sabida la poca fuerza de una y otra, quando se trata de reformar las costumbres; y el exemplo de Platón, que jamás pudo con todo el credito y estimacion que le daba en el mundo su Filosofia, obligar à una alicia sola à vivir segun sus máximas y gobernarse por sus leyes, muestra claramente que San Pedro obraba por mas altos principios, quando reducía las Provincias y los Reynos à la obediencia del Evangelio. No fue la fuerza ni la violencia con lo que se plantó la fé: porque la primera advertencia que los Discipulos recibieron de Jesu-Christo fue, que los enviaba como corderos en medio de los lobos. *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos*; (a) y se impusieron tan bien en ella, que como inocentes víctimas rindieron sus cuellos al cuchillo. El Mahometismo se estableció con las conquistas y con las armas; la heregia con la rebelion con las Potestades legítimas; pero la ley de Jesu-Christo con la paciencia y con la humildad. No es la suavidad de esta ley, ni la anchura de su doctrina el principio de progreso semejante; porque esta ley, con ser tan conforme à la razon, no tiene cosa que no sirva para humillar el espiritu, y para mortificar el cuerpo. Bien se entiende

(a) Luc. 10. vs. 30. *Agallin omali oy sup of ob hronovno5*

cómo haya podido dilatarse por el mundo sin milagro el Paganismo, que favorecía al descubierto à todas las pasiones, y fomentaba todos los vicios, y no hay cosa tan natural al hombre como seguir este partido: pero lo que no se entienda es, cómo una ley que nos ordena amar à nuestros enemigos, y aborrecernos à nosotros mismos, haya hallado tantos que sean de su vando. Esto no es efecto del capricho, porque jamás el capricho, por mas ciego que pueda ser, ha inclinado à los hombres à negarse à la venganza, à renunciar à los gustos de los sentidos, y à crucificar su carne. ¿Qué se sigue de ahí? Lo vuelvo à decir: Que solo un Dios, pero un Dios tan poderoso como el nuestro, ha podido conducir tan felizmente, y hacer que se logre una empresa semejante; y por consecuencia, que Jesu-Christo, que es oráculo de la verdad, tuvo razon para concluir, aunque fuese hablando à favor suyo: *Ad Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.*

Aún mas: he dicho que este milagro excede à todos los demás milagros. ¿Podemos dudar de ello? Y si, segun el pensamiento de San Gregorio Papa, la conversion particular de un pecador envejecido le cuesta mas à Dios, y en este sentido es mas milagrosa que la resurreccion de un difunto, ¿qué será la conversion de tantos pueblos criados, y como arraygados en la idolatria? Hagamos esta comparacion mas palpable. Hay en el mundo todavia hombres sin Religion. Vosotros conocéis algunos atheistas en la fé y en las costumbres, tan pertinaces en sus disoluciones, que apenas todos los milagros fueran bastantes para sacarlos de ellas. Quizá es demasiado el trato que tenéis con ellos. ¿Pues qué esfuerzo del brazo de Dios, y qué milagro no ha sido necesario para ganar à Jesu-Christo un numero casi infinito, no digamos solo de hombres de semejante disolucion, sino aun mas obstinados y mas dificultosos de convertir, cuya mudanza, no menos pronta que sincera, ha sido la honra y la gloria de la Religion Christiana? ¿Qué diriais (esto aclarará mi pensamiento, y os convencerá de lo que yo llamo milagro: sobre el mismo mi-

milagro) ¿Qué diriais, si en fuerza de la palabra que os predico, uno de esos impíos cuya mudanza no esperais jamás, se convirtiera no obstante delante de vuestros ojos, y de suerte que renunciando su vida licenciosa, de repente y à cara descubierta se declarase por Christiano, y en efecto empezase à vivir christianamente? ¿Qué diriais, si habiendo estado tantos años inflexible, saliera hoy de este auditorio penetrado de una santa compuncion, y resuelto à dar satisfaccion del escandalo que ha causado su impiedad, con una humilde penitencia? ¿Hubiera milagro que os moviera mas? Pues este milagro de que quedarais mas asombrados que movidos, es cabalmente el que mil veces se ha visto en la Christianidad: y uno de los triunfos mas ordinarios de nuestra Religion ha sido sujetar estos espíritus fieros, endurecidos y tercos, y hacerlos entrar en el camino de Dios, volverlos tratables y dóciles como unos niños; por este milagro empezó, y à pesar de todas las potestades de las tinieblas nos dá aun en nuestros dias ilustres exemplos de él, quando el Señor (cuya mano no se ha acortado) quiere abrir los tesoros de su gracia, y derramarlos sobre estos vasos de clemencia que tiene predestinados para la gloria. Exemplos frescos hay, que hemos visto y admirado. No digo mas en esto; si solo, que si pasará à particularizar el grande numero de estos milagros de que se componen nuestras historias sagradas, los hallariamos autorizados por la tradicion mas constante.

Añado (y esto me parece aun mas eficaz) que este presuponía necesariamente todos los demás milagros. Porque al fin (pregunta el Chrysostomo, y despues de él Santo Tomás en su Suma contra los Gentiles) ¿qué otro motivo que los milagros, de que ellos mismos fueron testigos oculares, pudo obligar à los primeros que siguieron el partido de la Religion Christiana, à abrazar una ley, segun el mundo odiosa, opuesta à la naturaleza y à la sangre? Juliano Apóstata condenaba à los Apostoles de ligereza y demasiada credulidad, pretendiendo que siguieron el partido de Hijo de Dios sin tener razon para ello. Pero para juzgarlo así, responde el Chrysostomo, ¿no era necesario ser tan im-

pio como Juliano? Porque ¿era acaso ligereza, prosigue este Padre, seguir à un hombre que en fé de lo que prometia curaba delante de ellos los ciegos de nacimiento, y resucitaba los muertos de quatro dias? Siendo tan desconfiados y tan interesados como nos enseña el Evangelio, ¿lo hubieran dexado todo por Jesu-Christo, si no estuvieran persuadidos de sus milagros? ¿Pudieran verlos, y resistirse à creer en él? Despues de haberle abandonado en su Pasion, despues de haberse escandalizado de él hasta llegar à negarle, ¿se hubieran reunido y declarado por él tan al descubierto, si el milagro auténtico de su resurreccion, como se explica San Gerónimo, no hubiera resucitado su fé? ¿Hubieran dexadosse prender, atormentar, crucificar, para ser confesores y martyres de esta Resurreccion gloriosa, si la evidencia de este milagro no hubiera desvanecido todas sus dudas?

¿Por qué medio fue San Pablo en un momento transformado de perseguidor de la Iglesia en predicador del Evangelio? ¿Pudo hacerse este milagro sin otro milagro? ¿Hubiera este zeloso defensor del Judaismo, este hombre tan apasionado por las tradiciones de sus Padres, hubiera sido desertor de su ley y de sus tradiciones, para hacerse discipulo de una secta, cuya ruina habia emprendido, si Dios, dando de repente con él en tierra, y llenandole de temor en el camino de Damasco, no hubiera formado en él un corazon nuevo? ¿No confesaba él mismo en las Synagogas, que se habia visto obligado à convertirse, por no ser rebelde à la luz de que se vio rodeado, y à la voz fulminante que oyó, *Saul, Saul, quid me persequeris?* (a) ¿No concibió desde entonces un deseo ardiente de sacrificarse y padecer por la gloria de este mismo Jesus de quien habia sido enemigo? ¿Esta era acaso simplicidad? ¿Era preocupacion? ¿Era interés del mundo? ¿No es cierto que eran totalmente contrarias las disposiciones de San Pablo, y que no respirando en la ocasion sino sangre y crueldad,

no-

(a) Aâ. 22. v. 7.

no se le podia arrancar de la ley antigua de que era uno de los mas firmes apoyos, ni ganarle para la ley nueva que intentaba destruir, con un esfuerzo inferior al milagroso y divino que dió con él en tierra, y consiguió la victoria de su obstinacion?

Causa admiracion, quando se lee de San Pedro, que la primera vez que predicó à los Judios despues de la venida del Espiritu Santo, convirtió tres mil hombres à la fé, ¿pero la debe causar, dice San Agustin? Estaban viendo un pescador, hasta alli sin mas conocimiento que el de su oficio, explicar como quien era dueño de ellos, los mysterios mas altos del Reyno de Dios, hablar todo género de lenguas, y con un portentoso inaudito hacerse entender à un tiempo de todas las Naciones que una gran celebridad habia hecho juntarse en Jerusalem de todas las partes del mundo. Milagro referido por San Lucas en un tiempo en que el Evangelista no se hubiera atrevido à publicarle, si no hubiera sido constante su verdad; pues hubiera tenido contra sí, no uno ni dos testigos; todo el mundo hubiera podido descubrir la falsedad, y desmentirle un millon de Judios contemporaneos; y no hubiera servido su impostura sino para quitar todo el credito, y para infamar la Religion, cuya excelencia y santidad queria dar à conocer. Supuesto este milagro, ¿se debe estrañar que se convirtiesen entonces tantos Judios? No es por el contrario materia de mayor admiracion, que hubiese hombres tan porfiados y tan ciegos, que se quedasen en su incredulidad?

Con dificultad se comprehenden las conversiones extraordinarias, y casi innumerables que hizo San Pablo entre los Gentiles; pero al predicar à los Gentiles ¿no añadia à la palabra que los predicaba milagros insignes, como señal y sello de su Apostolado? ¿No lo atestiguaba él mismo así escribiendo à los Corintios, y les rogaba que se acordasen de las obras portentosas que habia hecho en medio de ellos? ¿Les hubiera hablado así, si hubieran sido supuestos todos estos milagros? ¿Se hubiera asegurado en ellos? ¿Los hubiera puesto por testigos, ni se hubiera ar-

riesgado con semejante suposición à desacreditar su ministerio , y destruir lo mismo que quería establecer ?

Preguntáisme vosotros. ¿ por qué se unió San Agustín tan estrechamente con la Iglesia Católica ? ¿ No confesó él que en parte fueron los milagros ? ¿ Y habia menester mas que los que habia visto por sí mismo ? ¿ Habia menester mas que aquel ilustre milagro que sucedió en su tiempo en Cartágo con un Christiano , que repentina y sobrenaturalmente fue librado de su dolencia por la intercesion de San Esteban , del qual protesta este gran Santo que fue testigo de vista , y nos dexó una exáctissima descripción de él en el libro de la Ciudad de Dios ? Quando hasta ese punto no hubiera tenido sino una fé vacilante ; ¿ no bastára eso solo para hacerle constante eternamente ? ¿ Dirémos que tenia San Agustín un espíritu ligero , y juzgaba ver lo que no veía ? ¿ Dirémos que era un impostor , que se entretenia en engañar el mundo con una relacion fabulosa ? Pues si ni lo uno ni lo otro se puede afirmar , ¿ no concluirémos con mas razon con Vicencio Lirinense , que como los milagros de nuestra Religion sirvieron para convertir el mundo , asi la conversion misma del mundo es una de las pruebas mas infalibles de los milagros de nuestra Religion ?

Y aquí es, Christianos, donde no podemos admirarnos bastantemente de la sabiduria y providencia de nuestro Dios, que no quiso obligarnos à creer mysterios que exceden nuestro entendimiento, sin haber hecho primero por nosotros milagros sobre la naturaleza. Porque para nosotros, esta conversion del mundo fundada sobre tantos milagros, no solamente es un milagro eterno, sino tambien un milagro que justifica todos los demás, y es como conséquencia y efecto de ellos. Despues de esto bien le podemos decir à Dios, como Ricardo de San Víctor: *Domine, si error est quem credimus, à te decepti sumus. Si mi Dios; si nos engañáramos, con razon os pudieramos imputar nuestros errores; y aunque sois Dios, os pudieramos hacer cargo de nuestros engaños. ¿ Por qué ? Mirad la razon que daba: Quia his signis prædita est ista Religio,*

que

que non nisi à te esse poterunt : Porque esta Religion en que vivimos, sin meternos en su santidad y pureza irreprehensible, está confirmada con milagros que à Vos solamente se pueden atribuir. Verdad es, hermanos míos; pero tambien lo es, que estos milagros en el juicio de Dios nos han de confundir; y sobre todo nos confundirá el milagro grande de la conversion del mundo à la fé de Jesu-Christo. Aquellos Paganos, aquellos idólatras que se convirtieron, se levantarán contra nosotros, y serán nuestros acusadores: *Viri Nivivite surgent in iudicio*; ¿ y qué dirán para nuestra condenacion ? Ah! Christianos; ¿ qué no dirán, y qué no debemos nosotros decirnos ? En efecto, por poca justicia que nos hagamos, debe sernos, no solo vergonzoso, sino cosa muy terrible delante de Dios, que esta fé haya sido en el mundo una virtud tan admirable, y al presente se halle tan descaecida y ociosa entre nosotros: que haya producido una santidad tan grande en la Gentilidad mas ciega y estragada, y que aun no haya producido en nosotros la menor mudanza de vida, la menor conversion à Dios, ni la menor separacion del pecado. Si nos queda algun rayo de luz, ¿ no nos debe hacer temblar que esta fé haya tenido eficacia para establecerse en todo el mundo con tan prodigiosos sucesos, y que aun no se haya establecido bien en nuestros corazones ? Nosotros la confesamos con la boca, damos en lo exterior muestras de ella, somos Christianos en las ceremonias y en el culto, ¿ pero lo somos de espíritu y corazon ? Pues en el corazon especialmente debe residir nuestra fé, para pasar desde él à nuestras manos, y dar alma à todas nuestras acciones.

¿ Qué verguenza nuestra será, si hemos ahogado del todo los auxilios de la gracia ! ¿ Qué afrenta, que haya vencido esta fé à todas las Potencias humanas conjuradas contra ella, y no haya vencido aún unos estorbos vanos que se oponen à nuestra conversion ! Porque ¿ qué es lo que os detiene ? Una pasion necia, un torpe interés, un punto de honra, un deleyte fugitivo, unas dificultades que abulta nuestra imaginacion; y esto no puede vencer nues-

tra fé con ser tan victoriosa. ¿Qué materia de condenacion, si quiero considerarla delante de Dios con amargura de mi alma, que se haya mantenido esta fé, y aun haya cobrado fuerzas en medio de las mas sangrientas persecuciones, y que la oblique yo cada dia à ceder à unas persecuciones fantasticas que levanta contra ella el mundo en mi persona! Es decir, à una palabra, á un dicho, á un respeto humano, ó por mejor decir, á mi propia cobardía. Porque este es mi desorden y mi confusion: si yo tuviera valor para declararme y ponerme sobre el mundo, y á hubiera muchos años que siguiera el vando de Dios; pero como temo al mundo, y no puedo resolverme à disgustarle, me quedo en mis vicios, y aun à mi pesar tengo mi fé cautiva en la esclavitud del pecado.

Ah! Dios mio; ¿qué os responderé, quando me mostráreis que esta fé que confundió todos los errores de la idolatría y de la supersticion, no ha podido destruir en mi alma unos falsos principios y máximas que me tienen preocupado? ¿Cómo me justificaré, quando me arguyais, que esta fé que sujetó la soberbia de los Cesares à la humildad de la Cruz, no ha podido desarraygar de mi corazon una vanidad mundana, una ambicion oculta, un amor propio que ha ocasionado mi perdicion? En fin, ¿qué os diré quando me hareis ver, que esta fé que ha santificado el mundo no ha podido santificar un cierto mundo pequeño que reina en mí, y me causa mas daño que el mundo grande que me cerca y está fuera de mí? ¿Podré llevar el peso de estas acusaciones? ¿Me descargaré, Señor, con Vos? ¿Culparé à la misma fé? ¿Diré que no ha hecho bastante impresion en mí, y que no me tenia tan persuadido, que fuese bastante para moverme? Ah! Christianos; quizá llega ahora nuestra infidelidad al extremo de quererse valer de ese pretexto; pero ese pretexto mismo nos hará mas dignos de condenacion: porque Dios nos representará la infidelidad en que habremos caido, como un prodigio que oponemos nosotros al milagro de la fé. Prodigio que no nace de Dios, sino de nosotros, y de que voy à hablar en la segunda parte.

II. PAR-

II. PARTE.

Ser infiel sin haber tenido jamas algun conocimiento de la fé, es un estado, que con ser tan funesto y lamentable no incluye, si bien se mira, cosa alguna admirable ni prodigiosa. Porque la infidelidad en un Pagano, dice el Chrysostomo, puede ser una ceguedad culpable; pero nó siempre puede decirse, que su ceguedad aunque culpable es un prodigio. Con que para hacer cabal concepto del prodigio de la infidelidad, es necesario representarla en un Christiano, que segun los desordenes de que se dexa infelizmente arrastrar, ó renuncia su fé, ó corrompe su fé, ó desmiente y contradice à su fé; renuncia su fé con una libertad en la creencia, que le hace sacudir su yugo, y se forma poco à poco en su espiritu: corrompe su fé con una oculta ò declarada aficion à los errores que la hacen guerra, pero particularmente à la heregía y al cisma; que destruyen su unidad, y por consiguiente su integridad y pureza: desmiente y contradice su fé con una libertad de costumbres que la deshonra, y con una vida licenciosa que la sirve de escándalo y de oprobio. Tres desordenes que en un Christiano pervertido tienen no sé qué de monstruosidad, y por eso los llamo prodigios de desordenes, y no desordenes puramente. Tres estados, en los cuales; aun sin apreciar mas que lo que puede y debe reputarse por prodigio evidente, le dá el hombre à Dios títulos invencibles para condenarle. Atended à estos tres pensamientos.

Y comenzando por lo mas escandaloso, quiero decir, por la libertad en la creencia, que llega à hacerse habito, y consiste en renunciar la fé. ¿no es un asombro, amados oyentes míos, ver unos hombres que nacieron Christianos, y en todo lo demás se precian de capacidad y de prudencia, hacerse impios sin saber por qué, y sacudir interiormente el yugo de la fé, sin poder alegar para ello una razon sólida y convincente, ni aun bastante para satisfacerles à ellos mismos? Aquella fé digo, cuyo carácter recibieron en el bautismo, y en virtud de la qual tienen el

nom-

nombre de Christianos; aquella fé tan necesaria , que ellos mismos convienen en que sin ella no hay salvacion; aquella fé por la qual sola , como no lo ignoran ellos mismos , pueden tener esperanza de hallar gracia en los ojos de Dios , si hay para ellos alguna gracia que esperar; aquella fé sobre la qual confiesan que han de ser juzgados , si alguna vez lo han de ser : ¿ no es imperceptible , digo , que la dexen? ¿ Y cómo? Como ciegos y hombres sin juicio , sin exámen , sin conocimiento de causa , por un impetu arrebatado , por pasion , por ligereza , por capricho , por una ostentacion vana , por una aficion vergonzosa á los deleytes mas infames y sucios : portandose con menos prudencia que unos niños , en un punto en que se trata del interés principal , pues no les vá menos que una suerte eterna. ¿ Se puede esto concebir? Pues esta es la triste disposicion en que se hallan el día de hoy casi todos los licenciosos del siglo. Observados , y los conoceréis en este retrato.

Porque al fin , si alguno de ellos despues de madura deliberacion , despues de un largo estudio , despues de consideradas y pesadas en quanto es posible todas las cosas en una balanza fiel , se determinará á dexar el partido de la fé , yo lamentará su infelicidad , y la mirará como el castigo mas terrible que Dios podia executar contra él ; pues segun la Escritura jamás castiga Dios con mayor severidad , que quando permite que caya en la ceguedad el corazon del hombre : *Ecceca cor populi bujus.* (a) Mas con todo eso , aqui no hubiera nada que fuese prodigioso ; y aun en su ceguedad hubiera alguna reliquia de buena fé , que le hiciera , si no digno de ser perdonado , á lo menos digno de ser compadecido: pero las personas con quienes hablo (y entro en este numero la mayor parte de los impíos del siglo , en cuya compañía vivimos) saben sobradamente que no es este el camino por donde llegaron á lo sumo de la disolucion; y que el partido que han tomado de re-

(a) Isai. 6. v. 10.

nunciar la fé , no ha sido por su parte efecto de una resolucion tomada con este acuerdo. En lo qual por otra parte (sufrid que haga aqui esta advertencia) por culpables y sin excusa que estén delante de Dios , no dexó de hallar para ellos algun recurso , y una especie de consuelo ; pues á lo menos es cierto , que es mas facil recobrase de una disolucion que no tiene fundamento sólido , que de la que se profesa por haber hecho de ella opinion particular fundada en discursos falsos , y es una irreligion positiva y consumada. Sea lo que fuere , la infidelidad que intento destruir , y la mas comun , no se puede dudar que es evidentemente temeraria y sin fundamento. Preguntadle á un licencioso , ¿ por qué ha dexado de creer lo que creia en otro tiempo? y vereis si hay apariencia de solidez en quanto alega para su defensa. Preguntadle , si á fuerza de discurrir ha descubierto alguna nueva demostracion contra aquella infalible revelacion de Dios á que estaba sujeto. Obligadle á que os responda sinceramente , y os diga si ha examinado bien estas materias ; si buscando con intencion recta y pura la verdad se ha puesto en estado de conocerla ; si ha tenido cuidado de consultar á los que podian desengañarle , y resolver sus dudas ; si ha leído lo que escribieron los Padres sobre los puntos de Religion que no le gustan , porque no los entiende , ni quiere aplicarse á entenderlos ; si ha entrado alguna vez en lo hondo de la dificultad seriamente ; en una palabra , si es verdad que no ha omitido lo que qualquier hombre de juicio debe hacer en semejante ocasion para enterarse de la verdad y ponerse bien en ella. Preguntadse sobre todos estos puntos , y hacedle que os responda sin rebozo. El confesará que no ha tomado tantas medidas , ni ha hecho tantas averiguaciones. Todo esto era menester por lo menos antes de resolverse á cosa tan arriesgada , como salirse de la obediencia de la fé ; pero él se ha salido á mucho menos costa. Se ha determinado á no creer , sin haber cosa que le convenza , sin hacer reflexion sobre todo lo que le podía suceder , y no teniendo en que asegurarse , ni sobre que fijarse en el abysmo espantoso en que se precipitaba. Ved

ahí lo que yo llamo prodigio, ¿Pues en quantos hombres del mundo no se vé cumplido cada dia este prodigio? Pero me decis aun; pues si no se forma con razon esta licencia, ¿por qual otro camino puede un hombre Cristiano pervertirse hasta parar en infiel? Ay; amados oyentes míos. Vuelvo á decir: pervertirse de mil modos, todos opuestos á las reglas de una prudente conducta; pero tanto mas los miro como prodigios, quanto mas encontrados están con la recta razon. Prodigio de infidelidad; renuncia el Cristiano su fé; ¿pero cómo? Enteraos de ello; que no habeis menester mas prueba que vuestra experiencia, y el conocimiento que tenéis del mundo. Renuncia su fé por un espíritu de singularidad por tener la gloria ridícula de no pensar como los demás, de decir lo que ninguno ha dicho, y oponerse á lo que todo el mundo dice: por figurarse una Religión á su modo, una divinidad segun su afecto, una providencia arbitraria y como el la quiere concebir: formandose sistemas fantásticos, que yá establece, ó yá derriba segun el humor que domina en él; siguiendo ciegamente todas sus ideas, y no sabiendo bien por el empeño en seguir las, ni lo que cree, ni lo que no cree; rechazando hoy lo que mantenía ayer; y no aviniéndose consigo en sus opiniones, por el empeño con que quiere replicar al mismo Dios. Prodigio de infidelidad: renuncia su fé por un impulso de soberbia caprichuda, no queriendo sujetar su entendimiento á la palabra de Dios, reputando por virtud y aun por necesidad el sujetarle cada dia á la palabra de los hombres; confesando en mil cosas temporales, que ha menester ser regido y gobernado por otro, y presumiendo que tiene bastante luz para regirse á sí mismo en la averiguacion de las verdades eternas; y para decirlo con palabras de San Hilario, confesando humildemente su insuficiencia en lo que mira á los mejores secretos de la naturaleza, discurriendo con libertad quando se trata de los mas altos misterios de Dios: *Aequanimiter in terrenis imperitus, & in Dei rebus impudenter ignarus*, Prodigio de infidelidad: renuncia su fé por interes, y por desesperacion; porque su fé le molesta, porque

se turba en sus deleytes, porque se opone á sus designios, porque le reprehende sus injusticias, porque no puede de otro modo ahogar los remordimientos que le despedazan; queriendo antes no tener fé, que tener una fé que le censura y le condena sin cesar: y con un desorden de la razon, que casi nunca dexa de seguirse al pecado, juzgando las cosas, no como son, sino como quisiera que fuesen: como si dependiera de él que fuesen, ó que no fuesen; y como si el interés que tiene en ellas hubiera de determinar lo verdadero ó lo falso. Prodigio de infidelidad: renuncia la fé por preocupacion, preciandose en lo demás de que no se dexa preocupar de nada, y estandolo en todo en puntos de Religión; no escandalizandose de las opiniones mas paradoxas de una nueva Filosofia, y estando naturalmente dispuesto á dar su censura quando se trata de las decisiones de la Iglesia; temiendo siempre el tener demasiada facilidad en creer, y no temiendo jamás el no tener bastante; defendiendose siempre de la simplicidad como de una flaqueza, y no pensando en defenderse de otra flaqueza mayor aún, que es la pertinacia: en una palabra, huyendo como de una cortedad de espíritu de todo lo que fuera justo respecto de la fé, y teniendo lo que yo llamo pertinacia contra la fé por valentía de entendimiento. Porque sin alargarme mas en otras especies de disolucion que se pueden reducir á estas, este es el modo con que cada dia nace la infidelidad, y este es tambien el modo con que se pierde la fé.

Hay mas aún. No solamente este hombre licencioso abandona su fé sin razon, pero lo que os parecerá mas extraño, la abandona contra la razon, y á pesar de la razon; y así como el mérito de Abrahán consistió, segun la Escritura, en creer contra la misma fé, y esperar contra la misma esperanza, *contra spem in spem*, (a) la maldad del impío está en ser infiel contra la misma razon, y desertor de su fé contra la misma prudencia. Porque esta fé que pro-

Tom. II. de Quaresma.

Dd

fe-

(a) Rom. 4. v. 18.

fesamos se apoya sobre unos motivos, que cada uno por sí solo nos pudiera valer por una razon suprema; y todos juntos tienen visiblemente algo de divino; en efecto han sido tan eficaces, que han movido y persuadido à los mayores hombres del mundo. ¿Qué hace el licencioso? Se endurece, y se rebela contra todos estos motivos. No toquemos sino el de los milagros, pues ha sido el fundamento de todo este discurso. Se le dice que Dios ha confirmado nuestra fé con milagros manifestos: pero él dá por falsos todos estos milagros, y todos los testigos de vista que los refieren. Y porque entre estos milagros hay algunos incontestables, y son de los que yo hablo (y en los que debe insistir un Predicador del Evangelio) milagros del primer orden, sobre los cuales se fundó principalmente la Christiandad; milagros reconocidos por los mismos enemigos de la fé, verificados con todas las pruebas que hacen auténticos los hechos, y no pueden contradecirse sin recurrir à suposiciones incapaces de poderse mantener; (pongo por exemplo, que los Evangelistas fueron impostores, y unos hombres sin juicio; impostores, que se convinieron entre sí para engañarnos; y hombres sin juicio, que por defender sus imposturas se dexaron condenar à los mas crueles tormentos: que San Pablo imaginó falsamente que habia sido herido de la luz del Cielo, y derribado en tierra en el camino de Damasco; y que engañaba à los de Corinto, ò por mejor decir, que se burlaba de ellos quando los acordaba los milagros que habia hecho en su presencia; que San Agustin era un espiritu facil, que se dexaba impresionar como los demás de las ilusiones vulgares, quando imaginaba y protestaba, que él mismo habia visto en Cartago lo que en la verdad no habia visto) porque hay, vuelvo à decir, milagros de esta calidad, y el licencioso no puede evadir su fuerza sin valerse de ideas extravagantes; por mas extravagantes que sean las admite, insiste en ellas, y no se corre de desmentir en su pensamiento à lo mas venerable y sagrado de la antigüedad. ¿Pues ha habido jamás cosa digna de llamarse prodigio con mas razon que esta? ¡Ay Dios mio! ¿Es posible que la impiedad pervierta el entendimien-

to de un hombre hasta llegar á este extremo, que al mismo tiempo que le aleja de Vos, le hace sumergir en tinieblas tan horrososas?

No acabará, si quisiera tratar todo lo que comprehende este asunto: no diré mas que una palabra del segundo prodigio. Este es la corrupcion de la fé por una aficion oculta ò manifesta à los errores contrarios, y en especial à la heregia; abismo en que confesaba Tertuliano que se perdia, siempre que queria profundizar en él, y sondear los juicios de Dios: pero en el qual me atrevo à decir, que no advertia él en su tiempo algunos desordenes que hemos visto en nuestros dias. Porque sin considerar la heregia en sí misma (à la qual miraron los Padres como un monstruo compuesto de quanto puede producir un espiritu desarreglado) me bastará hacer al presente con vosotros la reflexion que hacia un gran Cardenal de nuestro siglo; conviene à saber, que entre tantos fieles como en los ultimos tiempos han corrompido la pureza de su Religion, dexandose inficionar del veneno de la heregia, han sido muy pocos los que por la buena fé hayan podido justificarse, no digo delante de Dios, pero ni aun para con los hombres; y por consiguiente, que no haya sido una especie de prodigio su apostasia. No habia yo menester mas para esto, que recurrir à la heregia del siglo pasado, y à lo que la historia nos enseña de ella. No habia menester, si el tiempo me lo permitiera, mas que ponerlos à la vista innumerables Católicos, que siguiendo la muchedumbre, y dexandose arrastrar de la corriente, se declaraban por la secta de Calvino; unos sin conocerla, ni tomar el trabajo de averiguar sus questões y controversias; otros por ventura convencidos positivamente de su falsedad. Porque ¿à cuántos de ellos la doctrina de este Heresiarca en orden à la reprobacion de los hombres causaba horror, y con todo eso no dexaban de ser los que con mas ardor seguian su partido? Y si preguntárais; qué razon tenian para seguirle después de eso? Este es, Christianos, otro prodigio no menos asombroso. Porque os respondiera, (y me sirvieran de testigos todas las historias) que no se regian en esto sino por mo-

tivos tan indignos como injustos: unos por una especie de enfado contra la Iglesia, y una general oposicion à todos sus sentimientos; hombres que en el siglo de Arrio infaliblemente hubieran sido Arrianos, y en el tiempo de Pelagio indefectiblemente se hubieran hecho de su partido: otros por particulares antipatías, haciendo guerra à la verdad, solo porque sus enemigos la defendian y estaban resueltos à defenderla, si sus pretensos enemigos hubieran intentado destruirla: algunos por intereses viles; muchos por espíritu de parcialidad; aquellos por una curiosidad maligna, y por tener parte en el secreto de los negocios; los otros por una infeliz ambicion, y por ser cabezas de partido: los Grandes por política, y porque hacian de ello razon de Estado; los pequeños por necesidad, y porque dependían de los Grandes: las mugeres por una vana afectacion de ser tenidas por sábias y entendidas; los hombres por una complacencia para con ellas, mas vana aun, que llegaba hasta arreglar por ellas su Religion: los ingenios moderados por grangearse el crédito y estimacion que trae consigo la novedad; los puestos en dignidad por miedo de no concitarse el odio de los autores de las novedades y ser el blanco de sus tiros; los amigos arrastrados por los amigos: los parientes ganados por sus parientes; el pueblo sin mas razon que ser esa la moda, y porque todo el mundo echaba por ahí; cada uno en fin por satisfacer su pasion. ¿No son estos prodigios capaces de turbar nuestra fé, si la prediccion del Apóstol no nos asegurára, y si à vista de una tentacion tan peligrosa no nos hubiera advertido, no solamente que todas estas cosas habian de suceder, sino que eran necesarias para sacar à luz los escogidos? *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.* (a)

Pero no insistamos mas en eso, y hablemos del ultimo prodigio que toca à nosotros; y no consiste en renunciar la fé, ni en corromperla, sino en una asombrosa contradiccion entre nuestra fé y nuestra vida. Explicome: Nosotros

(a) 1. Cor. 11. v. 19.

tros somos Christianos, pero vivimos como Gentiles; tenemos una fé de especulacion, pero toda nuestra conducta es puramente una infidelidad: creemos de una manera, y obramos de otra. En todo lo demás, nuestras acciones y afectos concuerdan con nuestras persuasiones y con nuestros conocimientos; porque amamos, aborrecemos, huimos, solicitamos, padecemos; emprendemos segun la luz que hay en nosotros: solo en el punto de la salvacion y de todo lo que pertenece à ella, con la inversion mas lamentable huimos de lo que sabemos que es nuestro sumo bien, y solicitamos lo que conocemos que es nuestro sumo mal; profanamos lo que conocemos que es digno de adoracion; idolatramos en lo mismo que despreciamos en nuestro corazon; detestamos lo que nos salva, y adoramos lo que nos pierde. Si yá que somos Christianos en el nombre vivieramos conforme à la fé que profesamos, nuestra vida, dice San Gerónimo, fuera un milagro continuo, pero nada tuviera que fuera prodigioso. Si siendo Gentiles de profesion, y no teniendo fé, vivieramos segun la carne y los sentidos, no hubiera cosa en nuestros desordenes que no fuese natural. Pero tener fé, y vivir como infieles, ese es el prodigio. Prodigio en que no quieren convenir los impíos, pretendiendo que la vida y la creencia se siguen la una à la otra; es decir, que siempre se vive como se cree, y se cree como se vive, para tener con eso motivo de imputar sus desordenes à la falta de persuasion, sin atribuirlos jamás à su malicia; pero error de que es facil desenganarlos: pues no es mas dificultoso tener fé y obrar contra la fé, que tener razon y obrar contra la razon. ¿Pues no es esto por su misma confesion lo que hacen todos los dias? Ah! Christianos, hagamos que cese este prodigio. Concordémonos con nosotros mismos. Concordemos nuestras costumbres con nuestra fé; no siendo así, ¿qué no tendremos que temer de esta fé profanada, de esta fé escandalizada, de esta fé deshonrada? Hagamos que nos sirva para la penitencia, si nos hemos apartado de sus rumbos. Hagamos que sirva para nuestra perseverancia, si nos hemos restituido à ellos, ò si hemos estado firmes en ellos

has-

